

/ MERET OPPENHEIM

**Banquete de primavera
(Le festin), Berna,
abril de 1959**

En marzo de 1959, estaba sentada en un restaurante español en Berna con unos amigos. Estábamos hablando de esto y de aquello, de bailes de disfraces, de formas fantasiosas de presentar la comida. Se hicieron varias sugerencias. Yo dije que una podía, por ejemplo, servir una comida sobre una mujer desnuda. Nos reímos y pasé a describir cómo podría hacerse esa comida: lo pasamos estupendamente. Luego nos despedimos y nos fuimos a casa. En los días siguientes, no fui capaz de quitarme esa idea de la cabeza. Cuando volví a ver a mis amigos, les conté que había decidido preparar esa cena sobre una mujer desnuda, y a todos les entusiasmó la idea. Sin embargo, el mayor problema era encontrar a una persona que resultara adecuada y que estuviera dispuesta a hacer de «mesa». Estaba claro que utilizar a una chica a la que todos conociéramos o de la que fuéramos amigos era impensable. La mujer desnuda tenía que ser una aventura tanto en sí misma como para todos nosotros. Les hablé de una chica muy bonita que había conocido en un restaurante hacía unas semanas: habíamos cruzado unas palabras y me había dado su dirección. Iba bien vestida, era delgada y rubia. Ahora todo dependía de si volvía a coincidir con ella y si estaba de acuerdo con la idea. A lo largo de la semana siguiente, intenté llamarla en varias ocasiones, pero no contestó nadie. Y, entonces, por fin di con ella y le pregunté si podíamos vernos. Dos días más tarde, fui a su casa. Vivía en el casco antiguo de Berna, en un edificio antiguo con el interior restaurado y bien amueblado. Me ofreció una copa de whisky y pronto empecé a hablarle de mi proyecto. Cuando hube terminado, me dijo con una sonrisa: «Une pièce montée, en somme» («En suma, una pieza montada»). Y, cuando le pregunté si le gustaría ser la mujer desnuda, aceptó sin la más mínima objeción, para gran regocijo mío. Así que acordamos que la recogería el miércoles de la semana siguiente a las seis de la tarde.

Mis amigos se mostraron encantados cuando les dije que había muchas probabilidades de que la cena tuviera lugar. No obstante, les advertí que no debían echar las campanas al vuelo antes de tiempo: aún existía la posibilidad de que, cuando llamara al timbre de la chica el miércoles, no abriera la puerta porque, entretanto, hubiera cambiado de opinión y que, en tal caso, no tendríamos otra alternativa que disfrutar de la estupenda cena que habríamos preparado. En cualquier caso decidimos quedar el miércoles por la mañana para ir a comprar todo lo necesario y dedicar la tarde a preparar la comida.

Ese día de abril, me levanté al amanecer y fui caminando con el frío aire de la mañana hasta llegar al bosque, donde sabía que crecían pequeñas flores del viento: esas blancas con el envés un tanto rojizo (aquí las llamamos Windröschen). Recogí y recogí hasta que la cesta que había llevado conmigo estuvo llena a rebosar. Luego volví a casa. Por la tarde nos reunimos para preparar la cena.

A última hora de la tarde, fui a recoger a la chica. La velada se iba a celebrar en casa de un amigo pintor, para lo cual había despejado su estudio. El suelo estaba cubierto con alfombras orientales, y había sofás y sillones a lo largo de las paredes. La única iluminación eran unas velas. En el centro había

una mesa larga y estrecha cubierta con un mantel blanco que colgaba hasta el suelo. La chica se tumbó encima y yo le cubrí los pies y las pantorrillas, las manos y los antebrazos con servilletas de tela blanca, luego le pinté la cara y las pantorrillas de color oro (una crema de bronce dorado y vaselina). La cabeza (el cabello lo llevaba recogido) estaba cubierta de rosas y mimosas y desde ella descendía, hasta los hombros, una cascada de frutas confitadas de todos los colores. Yo había colocado las langostas vacías sobre sus piernas, con las «antenas» apuntando hacia arriba. Luego venían los entrantes (langosta con mayonesa), un gran steak tartare, seguido de un cinturón de champiñones crudos con nata. Sobre sus senos, nata montada, con chocolate rallado a la derecha y puré de frambuesa a la izquierda, todo ello salpicado de violetas confitadas. Había bizcochos de soletilla dispuestos a lo largo del pecho y los brazos de la muchacha. Finalmente, espolvoreé las partes de la mesa que no estaban cubiertas por el cuerpo de la muchacha con una densa lluvia de flores del viento. Además, había cinco copas de champán colocadas entre las flores, pero no había ni platos ni cubiertos, como es lógico.

Estos preparativos me llevaron poco menos de media hora. Mis amigos habían estado esperando en la habitación de al lado, así que los hice pasar: era una visión tan hermosa que todos prorrumpieron en vítores entusiastas. Alguien preguntó: ¿Nadie tiene una cámara? Al final, apareció una vieja Kodak y se tomó la fotografía que aparece en la última página del catálogo de la exposición Exposition Internationale du Surréalisme (diciembre de 1959 - enero de 1960) (por cierto, solo consta lo siguiente: «Foto Meret Oppenheim». Tal vez para «respetarme»; por pura mojigatería, no se mencionaba que la idea también era mía).

Una vez que todo el mundo hubo saciado su apetito, nos sentamos a tomar el café. Llevaron a la joven al baño y, más tarde, volvió con la ropa puesta para comer el mismo menú que nosotros (habíamos dejado comida apartada para ella). Para evitar malos entendidos, diré que estaban presentes tres parejas: tres hombres e, incluyendo a la que hizo de mesa, tres mujeres. De modo que no era «una mujer como objeto sexual para los hombres», sino más bien un banquete de primavera; yo incluso lo llamaría un ritual de fertilidad primaveral para todos.

Banquete de primavera/Das Frühlingsfest (Le festin), Berna, abril de 1959